

enardeció la *genial codicia* de los aventureros que á estas regiones se dirigieron. Bien se nota que el cargo de contradicción es infundado, pues esos aventureros no formaban la nación.

Que me esfuerzo en vano por hacerlo odioso, cree el Sr. García. ¿Con qué objeto podía yo intentarlo?

Me pide que me resigne á mirarlo tranquilamente en su senda, y que él á su turno me verá indiferente en la mía, y me oirá defender de igual modo los más execrables atentados.

Puede estar seguro el Sr. García de que no necesito de esa resignación, porque nunca han turbado mi tranquilidad su existencia ni sus obras, ni las de ningún escritor. Es tan grande el mundo, que por gigantesca que pudiera parecerme la personalidad del Sr. García, siempre había yo de creer que no me estorbaba en mi senda, y mucho menos siendo yo tan pequeño que no me ha de faltar un sitio en que colocarme. Se resigna uno á una desgracia, y no lo es para mí la publicación del libro que critiqué.

Dos veces me dice el Sr. García que en la última edición del Diccionario de la Real Academia Española es *precisamente* cuando principia á figurar mi nombre como de académico correspondiente. Agradezco la noticia, pues no poseo un ejemplar del último Diccionario; pero no me sorprende que en dicha edición *principie* á figurar mi nombre. Mal pudo figurar antes, siendo así que fuí elegido en 1891 y hasta mucho después fué hecha la nueva edición del citado léxico.

También me repite que soy individuo de la Real Academia de la Historia. Es cierto que lo soy desde 1893, y si el Sr. García no lo hubiera publicado ahora, acaso no habría llegado á saberse en México; porque cuando alguna corporación ilustre me concede la inmerecida honra de inscribirme en la lista de sus miembros, no solicito en las redacciones que anuncien el hecho, ni aun sin comentarios.

Ninguna de las publicaciones que he hecho de 1891 acá, lleva juntos con mi nombre mis títulos académicos, á pesar de que los más acostumbran poner al frente de sus obras dichos títulos.

Dos veces, igualmente, me dice el Sr. García que pertenezco á la raza indígena. Tenía yo entendido que formaba parte de la que llamé en mi disertación raza mexicana, es decir, de la que "por normal evolución lenta pero indefectiblemente producida por el correr de los años y la desaparición de anteriores generaciones" constituye una nueva raza. Pero esto no es para mí artículo de fe, y no tengo, por otra parte, razón ni motivo para apoyar en él mis opiniones respecto á la obra del Sr. García. Indígena ó no, digo lo que siento y pienso,

y lo único que podría lamentar es no ser indígena de la talla de Altamirano; de Altamirano que en el discurso que pronunció el 16 de Septiembre de 1862 en la Alameda de esta Capital, al aludir á la retirada del General Prim, le califica de noble, reconoce que no quiso hacerse cómplice de una villanía, y agrega: "Con razón. ¿Cómo había de consentir el valiente capitán español que se manchara ese pabellón que no hace mucho había ondeado en sus manos tan brillante y tan limpio en los campos marroquies! No: él ha llevado á su soberana puro y respetable el honor español que se le confiara, y le ha llevado lo que ningún ministro anterior había podido llevar de México: *las ardientes simpatías de este pueblo, los votos más sinceros de sus hijos, la reconciliación verdadera y eterna de ésta que fué antigua colonia de España, y que hoy como nación es su mejor amiga.*"

Por más que la reproducción de las anteriores palabras de Altamirano pueda parecer inoportuna al Sr. García, la creo pertinente ahora que trato de demostrar que después de la reconciliación verdadera y eterna de México y España, no se justifica la publicación de una obra que viene á revivir añejos rencores. Que no soy el único que así opina pruébanlo bien las siguientes líneas tomadas de *La Ilustración Española y Americana*, de 15 de Agosto último: "En el libro del Sr. García nótase falta de justicia y exceso de pasión. Sin entrar á discutir sus apreciaciones, nos limitamos á rechazarlas en cuanto tienden á deprimir glorias nacionales y figuras de hazañas capitanes."

Por su parte, un abogado y publicista mexicano ha dicho hace pocos días en la *Revista Positiva*: "Por lo demás, no quisiéramos ver en el libro que examinamos, (el del Sr. García) un síntoma de resurrección del espíritu antiespañol que en tiempos no remotos dominó á algunos de nuestros compatriotas: demasiados problemas tenemos que resolver todavía antes de que nuestra nacionalidad se haya de considerar como definitivamente consolidada: demasiadas causas perturbadoras se oponen todavía á la formación del alma mexicana, para que vayamos á buscar en problemas históricos, motivos para aumentar nuestra anarquía intelectual y social. Nó; volvamos la vista al pasado para buscar en él, á la par que la explicación imparcial y serena del presente, ideas altas y consoladoras para lo porvenir, jamás odios que nos dividan, *virus* emponzoñados que inoculen la sangre de las generaciones nuevas y que compliquen la obra, ya azás compleja, de nuestra regeneración. Y si para ello es preciso hasta olvidar, olvidemos; si es necesario perdonar, perdonemos: todo con grandeza y magnanimidad, que no por generosos seremos menos mexicanos: al contrario

es posible que lo séamos más y que así nos hagamos dignos de figurar en conspicuo lugar en lo que hemos convenido en llamar la familia latina cuyos vínculos urge consolidar y apretar más y más cada día.”

No he sido, pues, el único que ha vislumbrado en la obra del Sr. García la intención de revivir odios y rencores, ni he sido tampoco el único que ha juzgado inoportuna la publicación de su obra. Véase ahora cómo no sólo yo, sino también el autor del artículo publicado por la *Revista Positiva* encuentra en el *Carácter de la Conquista Española en América y en México* los mismos defectos que señalé en mi disertación. Y debo hacer notar que el Sr. P. M. no conocía al formular su juicio, el que informa mi crítica.

“Ahora bien,—dice el Sr. P. M.,—si éste (el libro del Sr. García) se hubiera escrito para presentar reunidos los textos de los historiadores que pintan el carácter español como duro y dado á la superstición, y que describieron con más ó menos proligidad y minucia los horrendos hechos de la conquista española en América, y especialmente en México y el Perú, no merecería sino felicitaciones, porque había logrado plenamente su intento. Pero no: el Sr. García no se ha propuesto eso: ha querido que haya quien, “siquiera sea en las postrimerías del siglo XIX rinda debido tributo á la verdad y á la justicia, al mismo tiempo que á la ultrajada memoria de los indígenas de América.” Y con este pensamiento y para realizar este propósito ha acumulado en 450 páginas, todas las negruras, todas las brutalidades, todos los horrores que acompañaron á la obra de la conquista española. ¿Es esto rendir el “tributo que es debido á la verdad y á la justicia”—para emplear sus mismas palabras? No, y mil veces no. La verdad resulta mentira cuando no es completa y esto es lo que se hace cuando sólo se traen á colación las crueldades y se olvidan los beneficios.

“Que vinieron aquí aventureros codiciosos ¿quién lo ha puesto en duda?—Pero vinieron también Fray Bartolomé de las Casas, Fray Pedro de Gante, Fray Vasco de Quiroga, y otros muchos que protegieron al indio hasta donde pudieron, que se interpusieron entre él y el conquistador, y que al fin y al cabo, al darle su lengua y su religión, lo hicieron partícipe de lo que hemos convenido en llamar *la civilización*, redimiéndolo hasta donde era posible de sus propias negruras, de sus propias crueldades, de sus propios horrores; que no eran tampoco los *infortunados indígenas* de América, ni muy tolerantes, ni siquiera muy humanos entre sí.—Ojalá y lo hubieran sido: ojalá y el brutal conquistador español hubiera encontrado aquí menos tiranías

y menos crueldades, que tal vez entonces habría tropezado, en su obra nefanda de explotación de carne humana, con obstáculos que habrían producido, como resultante, la formación de un pueblo viril y enhiesto, más viril y más inhiesto que lo que somos, aun hoy día, después de un siglo casi entero de pretendida libertad y de independencia efímera y quebradiza.

“No, y mil veces no: la justicia no se administra, como el Sr. García pretende haberla administrado: él sabe, como distinguido abogado que es, que la justicia tiene oídos para el *pro* y para el *contra*: que su simbólica balanza tiene dos platillos; que no pronuncia sus fallos sino después de haber visto qué dirección toma el fiel, poniendo previamente en cada platillo los testimonios contradictorios; y todavía más, que aun cuando uno de ellos se incline, de modo resuelto, y con él arrastre el juicio de la historia, ésta debe tomar en cuenta lo que en términos jurídicos llámanse “circunstancias atenuantes.”

“Que los monarcas españoles no siempre observaron escrupulosamente los pactos hechos con sus enemigos rendidos!—¿Y qué se infiere de aquí? ¿Que el español es el hombre más desleal y que ha calentado el sol? Mentira!—Ahí está la tradicionalmente “pérfida Albión:” ahí está Luis onceno de Francia, ahí están. . . . no sabemos cuantos más perjuros, á quienes la historia ha flajelado sin piedad, pero sin deducir consecuencias que alcancen á la totalidad del pueblo á que tales felones han deshonrado, y teniendo siempre en cuenta las circunstancias de época, de medio ambiente y tantas y tantas otras que explican, por más que no justifiquen, semejantes monstruosidades.

“Que los monarcas españoles fueron ciega y despiadadamente crueles al expulsar moros y judíos de su territorio! Y bien: ¿olvida el señor García lo que fué para Francia la revocación del edicto de Nantes? ¿No conoce acaso el reverso de la medalla, con las persecuciones que los católicos sufrieron en Inglaterra en tiempo de Enrique VIII?—Sí, el Sr. García conoce y sabe esto y mucho más: sus estudios no pueden menos de haberle enseñado, á él que tiene que ser un sociólogo, que el calvario humano ha sido, poco más ó menos, en todas partes el mismo: que cada libertad, que cada mejora, que cada paso de los que significan nuestro progreso, se ha conquistado con mucha sangre, con muchos dolores, con infinitas lágrimas, que todavía corren, y se sufren y se vierten—¡oh vergüenza para nuestro incipiente siglo XX!—en China, en el Transvaal, en las Filipinas y en otros muchos lugares de la tierra!”

Ideológicamente iguales son los cargos que hice á la obra del señor

García, y por los cuales me ha llamado en su *Réplica* el mismo señor, envidioso y necio. La alta y merecida posición que el Sr. P. M. ha sabido conquistarse en el foro mexicano y en diversas esferas de nuestra sociedad, le pondrá á salvo—cierto estoy de ello—de que de necio y de envidioso se le tache.

Se me acusa por el Sr. García de no haber comprobado ninguna de mis afirmaciones. Pues bien, con numerosas citaciones demostré que el Sr. Orozco y Berra había, antes que el Sr. García, expuesto en obra magistral los horrores y crímenes de la Conquista, sin dejar por eso de señalar las dotes de algunos de los conquistadores; sin omitir nada de lo que en justísimo elogio de los indígenas cabía decir, y sin embargo, á esa demostración nada objeta el Sr. García, como tampoco á las opiniones del Sr. Quesada.

Hace notar el referido señor que mientras Doña Emilia Pardo Bazán y D. Francisco Pí y Margall, escritores españoles, "proclaman á voz en cuello y con energía desesperada" las faltas de sus compatriotas, yo, mexicano de *sangre y de nacimiento* quiebro enmohecidas y embotadas lanzas contra él, que ha dicho algunas verdades concenientes al pasado de España. La explicación de este hecho es bien sencilla: después de los desastres sufridos por los españoles, al verse despojados de sus antiguas Colonias, "con energía desesperada," como dice el Sr. García, esos ilustres escritores y otros muchos, emplean todo género de recursos para lograr la regeneración de su patria. Bien distinto parece ser el objeto del Sr. García, y no creo aventurado suponer que esos mismos escritores españoles encontrarán en la obra del señor García no la de un colaborador para el logro de aquellos fines sino la del que pugna, á título de revelar verdades históricas, por hacer imposible la fraternidad de los pueblos del Nuevo Mundo con la antigua dominadora. Será este un error mío. Ya en la página 7 de mi folleto dejé dicho que no presumo, por más que mis razonamientos son dictados por el amor purísimo á la verdad, que mi sentir y mi pensar hayan compenetrado de tal modo el libro del Sr. García que mis observaciones y reparos constituyan algo que sea irrefutable, algo que se imponga incontrastablemente.

La explicación que da el Sr. García respecto á no haber llamado á Motolinia *don* Fray Toribio, es completamente satisfactoria. El erudito y muy estimable Sr. D. José Maria Agreda y Sánchez hízome la observación que ahora me repite el Sr. García, que debe haber tenido ocasión de oirla al mismo Sr. Agreda.

Copia el Sr. García varios párrafos de un antiguo libro mío para de-

mostrar que antes que él había yo condenado los crímenes de la Conquista. No niego el hecho, antes bien ratifico esos juicios y otros que pudo haber citado el Sr. García. Sencillamente agregaré hoy, que lo que omite él recordar es que llamé valerosos á los conquistadores de México; que reconocí en Cortés *altas dotes que no podrán ser opacadas nunca por las manchas que se descubren en no pocas de las páginas de su legendaria historia*; que han procedido bien los gobiernos al conservar en Coyoacán la que se cree antigua Casa de Cortés, "porque al abrigo de esos muros dictó el primer mandatario español sus primeras disposiciones administrativas, y porque un pueblo ilustrado no puede mirar con desdén, y mucho menos con horror, el monumento que le recuerda el comienzo de una nueva era, la de la civilización cristiana; por más que el advenimiento de esa era hubiera sido alcanzado á precio de cruentos sacrificios, pues no de otra manera ha logrado la humanidad adquirir los beneficios de la civilización de que al presente se gloria y enorgullece, y nuestra patria no podía ser la excepción única de aquella ley fatal."

Sí, he condenado y condeno los horrores de la Conquista siempre que para hacerlo encuentre una oportunidad; pero nunca he dicho que de esa conquista se hubiesen derivado males únicamente, ni que hubiese tenido por objeto extirpar á los indígenas por que eran infieles.

Porque calificué de inoportuna la publicación del libro del Sr. García, me devuelve éste el cargo diciendo que es inoportuno todo lo que recuerdo en mi folleto respecto á lo que los conquistadores anglo-sajones han hecho y hacen todavía. El que conozca dicho folleto ó siquiera su portada, dirá si era pertinente ó no hacer mención de los atentados que apunté.

Otro de los cargos que el Sr. García me acumula es el de que no me canso de hablar. Si esto fuera exacto, habría yo llenado otras muchas páginas con la crítica de innumerables vocablos y locuciones que usa y que no están autorizados por el Diccionario de la lengua ni por escritores de mérito. No soy servil observador de los preceptos académicos; empleo algunas veces términos que no figuran en el Diccionario, siempre que los haya visto en escritores bien reputados; á lo que no me atreveré nunca es á hablar de la *guadaña de la civilización*, ni á decir que los amigos de Cortés no *dilataron* en comprender cuán conveniente era que se fundase una población, ni menos que mis afirmaciones quedan en pie y *muy giritas*. Pequeñeces son esas y otras cien y cien que habría yo señalado si fuera tan afectó á hablar como

creo el Sr. García. Y la mejor prueba que de ello puedo dar, es el poner aquí punto final á la discusión respecto á su obra dejando al juicio de los que la conozcan y los folletos á que ha dado lugar, la sentencia desapasionada.

Coyoacán, Octubre 8 de 1891.

\*  
\* \*

Eserito ya lo anterior, y cuando me disponía á procurar su impresión, ha llegado á mis manos un folleto, en el cual D. Luis González Obregón ataca el que escribí á propósito de la obra de Don Genaro García.

Substancialmente son los mismos cargos formulados por éste, los que el Sr. Obregón me dirige: que soy envidioso, que trunco los juicios por ellos expresados, que soy ignorante é inconsecuente, inocente, que me contradigo, que soy un ocioso, etc., etc. No hay, por lo tanto, necesidad de intentar una nueva defensa.

Pero como pudiera creer el Sr. González Obregón que le menosprecio si á su folleto no respondo, voy á insertar aquí los cuatro primeros párrafos de dicho folleto, y á decir algunas palabras respecto á las ideas que en ellos se expresan, y acerca de aquellos conceptos que creo de mi deber rectificar. Dice el Sr. González Obregón:

“Difícil es á los escritores apreciar sus aptitudes intelectuales, pues no conociéndose suficientemente á sí mismos, y sacrificando todo á su vanidad y al inmoderado afán de hacerse célebres, no concentran sus facultades en alguno de los ramos del saber humano.

“Hay muchos que intentan á la vez distinguirse como poetas, novelistas, oradores, historiadores, biógrafos, periodistas, críticos, en una palabra, pugnan inútilmente por conquistar todos los lauros y todas las palmas, sin arredrarse por los continuos desdenes del público lector. Cada uno de sus ensayos, es un desastre, pero nuevas esperanzas despiertan en ellos nuevas ilusiones, y no conformes con los elogios justos ó benévolos que se les conceden, concluyen por verse despreciados ú olvidados.

“Su sed, sin embargo, es insaciable, y á fuerza de derrotas y de no tener afectos, se les forma un carácter hosco, agrio, displicente, irritable, y de allí que no soporten elogios á otros que no sean á ellos, y á cada paso piensan hallar intenciones malévolas ó ruines pasiones en obras escritas con erudición y buena fe.

“Lejos de mí la mente de rebajar con estas reflexiones la reputación que tiene adquirida el Sr. Don Francisco Sosa, modesto, laborioso y fecundo escritor que es bien conocido aquende y allende los mares y que ha sido agraciado con los títulos de doctas corporaciones mexicanas y extranjeras, y á quien la literatura patria le debe haber publicado, además de las suyas propias, joyas ajenas de indisputable mérito; pero en el Sr. Sosa—perdón por mi franqueza y atrevimiento,—creo encontrar algo de aquellos escritores á que he aludido líneas arriba.”

Por más que en el último de los párrafos que acabo de copiar quiera el Sr. González Obregón, mitigar el alcance de sus anteriores ataques, nadie dejará de comprender que no algo sino todo lo que encuentra en aquellos escritores lo encuentra también en mí y que por eso aludió á tales defectos.

No seré quien diga que cada una de mis pobres producciones me ha proporcionado un triunfo. Si por fracaso en materias literarias se entiende el no vender un autor sus libros, y el no venderlos porque el público lector los desdenea, ciertamente que debo considerarme despreciado ú olvidado como dice el Sr. González Obregón. Consuéleme, sin embargo, saber que en punto á no agotarse las ediciones de mis libros, me encuentro en la misma condición de la inmensa mayoría de los escritores mexicanos. No solamente mis obras que nada valen, las de los demás eminentes literatos mexicanos, con rarísimas excepciones corren la misma suerte, y de ello pueden dar fe nuestros librerías y los autores mismos, con lealtad y franqueza.

Si por desastre entiende el Sr. González Obregón el que no obtenga el escritor elogios, entonces me veré precisado á recordarle que precisamente á dos de mis peores libros los ha elogiado él, pues por mis *Doce leyendas*, incorrectas y vulgares, verdaderos ensayos ó tanteos de juventud, me incluyó con encomio en su Catálogo de *Novelistas Mexicanos*, y acerca de mis *Sonetos* publicó un juicio, inmerecido por lo favorable, en *El Liceo Mexicano*. Que no por falsa modestia digo que no merecerían ni mis leyendas ni mis sonetos esos elogios, lo prueba el hecho de que no he reincidido en la falta de escribir leyendas y sonetos. Me replicará que por benevolencia no me criticó; pero como quiera que sea, no tiene razón para contarme en el número de los que pugnan inútilmente por conquistar todos los lauros porque no saben apreciar sus aptitudes.

Si fuera vanidoso como me cree el Sr. González Obregón, daría yo una prueba de ello reproduciendo aquí las dedicatorias que ha es-

tampado en los ejemplares de las obras con que me ha obsequiado. En ellas se vería que me atribuye talento, saber, erudición, y más todavía, que me admira y que me profesa eterna gratitud. Puede el Sr. González Obregón replicar á esto que esas frases de estampilla nada significan sino meras galanterías; pero cuando menos habré dejado demostrado que no es sincero ó que sus halagadoras frases obedecen alguna vez á móviles personales. ¿Cómo dejar de sospecharlo cuando todavía ayer puede decirse, al remitirme su artículo sobre el libro del Sr. García, me dice en carta de 25 de Julio último, que soy su *fino amigo*, y agrega: “Leí con muchísimo gusto el Prólogo de Ud. para “El Zarco.” En pocas pero galanas líneas expresa Ud. un concreto juicio acerca de la importancia de la obra y de la influencia literaria del inolvidable Maestro. Aplausos merece Ud. por su Prólogo, y también porque á Ud. deben las letras patrias que esa novela se hubiese concluido y publicado.—Suyo siempre, admirador y amigo.”

Ahora bien, ¿puede decirse que tengo un carácter hosco, agrio, displicente irritable y que no soporto elogios que no sean tributados á mis obras, cuando,—como se acaba de ver,—no carezco de afectos, puesto que el mismo Sr. González Obregón me llama su *fino amigo* y tengo en él un admirador? Porque si más tarde,—según se deduce del epígrafe de su folleto,—considerame ya su enemigo y escribe en *represalias*, no pude adivinarlo al manifestar mi inconformidad con sus ideas. Por mi parte, después de haber leído las invectivas del Sr. González Obregón, sigo reputándole diligente investigador de noticias curiosas respecto al *México Viejo*, erudito historiógrafo, etc., etc. No retiro ni borro ninguno de los elogios que le he tributado en las dedicatorias con que he correspondido á las suyas, pues jamás calzo con mi firma sino lo que creo justo y merecido.

Me concede que la literatura me es deudora de la publicación de joyas ajenas de indisputable mérito. Ya lo hice notar al Sr. García, y ahora sólo me resta decir,—á riesgo de ofender la modestia del Sr. González Obregón,—que de varias de esas joyas es él el artífice, por más que no haya querido aludir á ellas. Tampoco yo lo habría hecho si no me viera obligado á defenderme del feo defecto de envidioso que me atribuye.

El que sin envidia, antes con vivo entusiasmo ve la publicación de joyas literarias, mal puede haber sentido la tristeza del bien ajeno al solo anuncio de un libro del Sr. García, y por el fervoroso elogio del Sr. González Obregón. Cualquiera creería que encontré tan excelsas ambas producciones que me hicieron sentir por vez primera la

tristeza del bien ajeno, al comprender que aquellos trabajos conducían derechamente á la inmortalidad.

Paso por alto las finezas y amabilidades del Sr. González Obregón en cuyo concepto me “descarrilo y doy tumbos fuera de la via y canso con materias que no ha tocado el autor del *Carácter de la Conquista Española en América*, y pierdo los estribos de la serenidad y de la razón y, sueltas las riendas del flaco rocinante de mi criterio, huyo en precipitada fuga atropellando á todos y creyendo hallar en todos, follones y malandrines;” paso por alto que me censure porque no he respetado el duelo de los americanos por el asesinato de su Presidente, publicando un folleto escrito antes de cometerse tan horrendo crimen: todo eso y más, lo paso por alto, mas no puedo prescindir de rogarle que no me califique de *blasfemo é inmoral* porque dije que la Conquista fué Nilo desbordado por la Providencia y que una vez que la inundación hubo pasado y merced á aquel siniestro alzóse en la tierra mexicana el árbol gigantesco de una nueva nacionalidad. Créame el Sr. González Obregón: si me veo alguna vez en la necesidad de emplear un símil, no usaré de las *flores marchitas de mi retórica*, sino que copiaré el siguiente, tomado del libro del Sr. García: “La tardía hora de la libertad sonaba pues. El acendrado patriotismo de los mexicanos podía manifestarse ya en franca explosión. ¿Quién podría contenerlo ahora? Abiertas las cortinas que retienen las aguas inquietas de una presa, desbórdanse éstas y precipítanse en corriente irresistible arrollando á su paso cuanto se les opone; así tenía que suceder con el pueblo mexicano: una vez desencadenadas sus justas iras, no habría fuerza alguna capaz de contenerlas.”

Sin citar á la Providencia y hablando de una presa de inquietas aguas, evitaré asustar á nadie con *blasfemias é immoralidades* y no lastimaré el delicado oído de nadie con frases huecas, como dice el Sr. González Obregón que lo hago.

Voy á concluir, por que no hay razón ni motivo para hacer interminable la discusión acerca de la obra del Sr. García; no por que para publicar un folleto sea necesario un Mecenas como cree el Sr. González Obregón, pues basta para ello sencillamente un editor. Cualquiera que sean los ataques que se me dirijan por mi nuevo folleto, guardaré absoluto silencio, aun cuando me atribuya el Sr. González Obregón, la fea costumbre de los chicuelos malcriados de *sacar la lengua*, como me lo repite en su folleto de *represalias*. A mi entender, los que para el público escribimos más altos fines debemos perseguir que la calificación de las dotes personales de los que expresan ideas con-